

## La torre

No estoy consciente de cuándo se construyó la torre, solo sé que apareció ahí, de un día para otro; era un edificio alto y delgado, hecho de mil espejos los que parpadeaban como un espejismo entre los cerros de basura.

La primera vez que noté la torre fue mientras recogía papas que, temprano por la madrugada, habían sido arrojadas al desierto, jactándose de que no venderían bien dada su deformidad. Mi papá me había enseñado que era importante no recogerlas cuando estuviesen verdes ya que aquellas solo nos enfermarían. Fue ahí cuando me sorprendí al ver mi reflejo entre el mar de papas: un niño sucio con las manos y el rostro llenos de tierra. Sin embargo, no fui el único en darme cuenta de la presencia de la torre: mis vecinos del campamento ya estaban a sus afueras, tratando de encontrar una forma de entrar.

Unas horas más tarde, todo el campamento había oído la noticia.

—Debe tratarse de una minera —decían algunos. Pero qué mineral se podría explotar en un lugar como este, donde lo único que brotaba de la tierra eran harapos.

Nadie logró abrir las puertas de la torre, algunos buscaban una cerradura que forzar, mientras otros aventaban rocas contra el cristal, pero nada daba resultado. De pronto, sin aviso alguno, las puertas de la torre se abrieron.

—No hay nadie adentro —anunció el anciano que vivía en la carpa amarilla, que fue el primero en entrar. En su espalda acarreaba un saco lleno de botellas de agua que había robado.

Entonces se corrió la voz por el campamento: “Vamos a saquear la torre”.

Al entrar, nos encontramos con un sinfín de tiendas, todas iluminadas. Romina, la única otra niña en campamento, lloraba frente a una vitrina que resguardaba los vestidos más preciosos que jamás había visto. Con sus manitos, rasguñaba y golpeaba el escaparate de vidrio. Yo me detuve frente a una tienda de dulces, también resguardada tras aquella gruesa capa de cristal. El estómago me rugía y, aguantándome las ganas de llorar, comprendí la crueldad de la torre.

De noche regresé a casa, rogándole a papá por alguna golosina; sin embargo, en la mesa solo había un pote de plástico lleno de papas cocidas; ¡siempre papas cocidas! Aquella noche me dormí con el estómago vacío.

A la mañana siguiente todos despertamos al escuchar un golpe seco; se trataba de la señora María, que fue la primera en arrojarse de la torre. La impotencia de no poder